

A PIE
DE CALLECATALINA
Gayà

JUAN PEDRO CHUET-MISSE

►► Una joven posa para una foto con el gato de Botero en la rambla del Raval.

Pintadas de ego y malhumor

Huele a Estambul en el restaurante y hay una pareja sentada comiendo. Un joven atiende tras la barra y sonríe a quien entra. Entro pronuncio la palabra *periodista* y desaparece la sonrisa de inmediato. Dice: «No». Digo «gato» y él lo mira. Lo tiene enfrente, se sabe de memoria cómo es su figura rotunda, su carita de *gato manga* y su cola larga, larga.

Los dos lo observamos. «Está muy mal que lo hayan pintado», exclama malhumorado el hombre, y yo le explico que por eso he entrado, que por eso quiero hacerles unas preguntas. Él sigue con su monólogo: «Está muy mal. ¿Por qué lo hacen? La gente quiere mucho a este gato».

Alguien ha pintado una *A* mal hecha y sin sentido al gato de la rambla del Raval, que es como llaman los vecinos del barrio a la escultura de **Fernando Botero**. Además, ese

alguien también ha empastado de blanco el collar y una parte del cascabel. En el lomo del gato, junto a la pintada blanca, hay otro garabato: algo en rojo, igual de desgraciado e incomprensible.

El chico del restaurante me explica que hace unos meses ya le pintaron la boca de rojo al gato. «Tardaron un poco en limpiarlo», dice, y repite eso de que está «muy mal». «Lo hicieron de noche. Cuando llegamos por la mañana, ya estaba así», remata, y se gira de nuevo hacia el gato y yo digo que de noche todos los gatos son pardos, pero no me entiende.

Es curioso lo que provoca este animal inmóvil: entro en una tienda de la misma rambla y la reacción es exactamente la misma. Periodista. No. Mala cara. Gato y lo que quiera, una sonrisa y, claro, la queja malhumorada por la pintada.

Leo en *El Colombiano*, un periódico

co de Colombia, que hace un año alguien se fue robando los bigotes de otro gato de **Botero**, el hermano del que vive en Barcelona y que está en un parque de Medellín. Un periodista de ese periódico preguntó a **Fernando Botero** si le importaba ese robo y el artista dijo que no, que a sus gatos «no les hacen grafitos, y que eso es signo de civilización».

En Barcelona, contacto con un joven grafitero y me deja claro que una cosa es el arte urbano y otra la *firma* por doquier y que, tras la aprobación de la ordenanza cívica, Barcelona es «ciudad de *firmas*» porque detenerse a pintar un grafito requiere tiempo, y eso da margen para que llegue la policía.

Me pide que no ponga su nombre. Le pregunto quién podría haber *grafeado* al gato e, inesperadamente, se enfada con quien lo haya hecho, como hizo el camarero o el tendero. El referente de este joven grafitero: **Banksy**, claro. Y es tan joven que empezó en el mundo del grafito después de la aprobación de la ordenanza urbana, el 24 de enero del 2006.

Regreso a la rambla, al gato. Hay cola para tomarse fotos con él. En las noches, hay quien se sube a su lomo y si lo consigue, lo narra como una hazaña en las redes sociales.

Este gato llegó a la rambla del Raval en el 2003, después de 15 años de dar vueltas por la ciudad, y, desde entonces, no se ha movido. A toda velocidad, pasan unos ratones que tendrán sus nidos entre los palmitos de la rambla.

Me vienen a la mente los roedores de **Banksy**. El que pintarrajear el gato de **Botero** nada tiene que ver con **Banksy**. Esa *A*, como decía el chico del restaurante, y como tantas otras *firmas* que hay en puertas, paredes, ventanas y esculturas de Barcelona, no llevan a nada más que al ego de uno mismo. Miro la rambla y hay mucho por explicar. Pasan otros dos ratoncitos, por cierto. ≡



cgaya@elperiodico.com